

Lo que sea de cada quien

Un nuevo amigo para Andrés Henestrosa

Vicente Leñero

Era un buen amigo Ernesto Paulsen, extraordinario joyero de la Zona Rosa de aquellos años, que terminó convirtiendo en esculturas sus diseños geométricos de aretes, pendientes, collares... Algunas de sus obras decoran aún fachadas y vestíbulos de edificios públicos. También montó un gracioso conjunto sobre Cri-Crí en la tercera sección del Bosque de Chapultepec, y el gran trompo que plantó en el jardín Sullivan, detrás del Monumento a la Madre, le dio en la madre el terremoto del 85.

Era fiestero. Buen bebedor el generoso Paulsen. Una tarde noche quedamos de ir juntos al teatro, él con Yolanda su mujer, yo con Estela. Llegó tardísimo cuando ya salíamos de la sala, muy pasado de copas.

Se entretuvo en una comida con clientes, se disculpó, y pues ya saben... —se tambaleaba.

Sin embargo, quiso congraciarse y nos invitó a su casa a beber una botella de beajolais que tenía guardada para una gran ocasión. De una cosecha privilegiada, valía una cifra en dólares con tres ceros. Se la había conseguido su vinatero de Nueva York

y su mujer tuvo que traérsela personalmente cargándola sobre las piernas en el avión, en estricta posición horizontal, para que no perdiera su bouquet, su cuerpo...

Camino de su casa, Estela y yo protestábamos:

—Estás muy pedo, Ernesto, no la abras ahora, no la vas a disfrutar.

Sin embargo, Paulsen neceaba como típico ebrio.

La sacó de su cava como quien saca un tesoro. Corrió las cortinas del salón. Atemperó la luz hasta dejarnos en penumbras. Puso en el tocadiscos la *Appassionata* de Beethoven y al fin sirvió cuatro copas luego de escanciar el vino en un recipiente de cristal. Lo mecía, lo aspiraba, lo picaba con la punta de la lengua.

Por la aprensión del momento yo no pude apreciar si se trataba de un beajolais buenísimo o buenérrimo —quizás él tampoco por su estado etílico—, y apenas Paulsen se quedó dormido en el sillón con su copa vacía en la derecha nos fuimos de puntitas de su casa guiados en silencio por Yolanda.

En otra ocasión, Ernesto Paulsen volvió a llegar muy tarde a una cena que organizó un prominente funcionario de la Volkswagen amante de las letras y del arte. Un trío de guitarras terminaba de tocar una postrera canción de Guty Cárdenas.

Ya pasaba a retirarse el trío entre felicitaciones exultantes; ya se iban definitivamente los tres músicos cuando Paulsen corrió a alcanzarlos en la reja.

—Ustedes son buenísimos —les dijo.

Sonrió agradecido el chaparrito canoso que parecía el director del trío.

—Quisiera contratarlos, ¿se puede? El viernes tengo una reunión muy importante en mi casa.

El chaparrito canoso dijo que por supuesto y Paulsen le entregó su tarjeta de visita.

—A las nueve en punto los espero, no me fallen.

A las nueve en punto de aquel viernes el chaparrito canoso llegó con su guitarra a la casa de Ernesto Paulsen, allá por Lomas Altas. Los otros dos amigos del trío no habían podido venir, se disculpó gestudo con el anfitrión.

—Qué lástima.

Apenas cruzó la puerta del salón el chaparrito canoso fue recibido con un gran abrazo de Ramón Zorrilla.

—¡Qué gustazo verte, Andrés! —exclamó Zorrilla mientras el resto de los comensales se levantaban para recibir al recién llegado con exclamaciones. Todos lo conocían. Todos festejaban su presencia inesperada.

—Vine a cantar —sonrió el chaparrito estriando sus mofletes sonrosados—. Me contrataron.

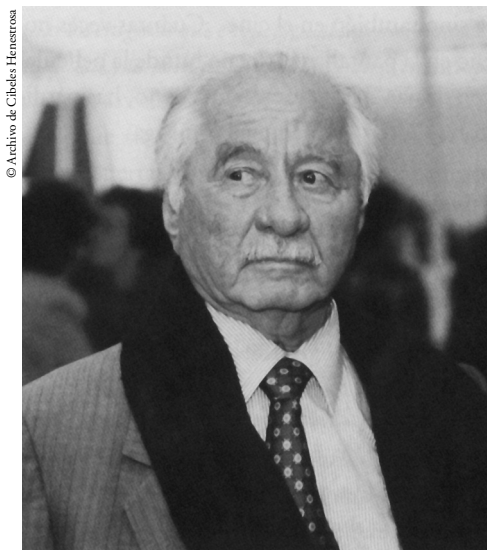
Hasta ese momento, con asombro extremo, Ernesto Paulsen se dio cuenta de que el supuesto intérprete profesional de Guty Cárdenas era nada menos que Andrés Henestrosa, el celeberrimo juchiteco, el vasconcelista de corazón, el que fuera director de literatura del INBA en los cincuenta, el autor de *Los hombres que dispersó la danza*.

Entre risas y celebraciones por el gracioso equívoco, Ernesto Paulsen se quería morir. Se deshizo en disculpas por su error garrafal. Pidió mil veces perdón.

—Será que la guitarra es mi verdadera vocación —bromeó Henestrosa.

Ahí se generó la amistad entre Paulsen y el maestro porque Paulsen prometió, de aquí en adelante, dijo, invitarlo a todas, pero a todas las celebraciones que organizara.

Divertido como nadie, Andrés Henestrosa se puso a cantar esa noche. **U**



Andrés Henestrosa